

LA CULTURA DEL DIÁLOGO

Conferencia del P. Peter-Hans Kolvenbach, S.J., en la Universidad de Mérida

Venezuela, 6 de Febrero de 1998

Saludo inicial

Al encontrarme entre ustedes aquí en la prestigiosa Universidad de Los Andes les confieso que no me siento como un extraño, a pesar de que creo es la primera vez que un Preósito General de los Jesuitas visita esta Universidad.

En el año 1627 la Compañía de Jesús en la persona de mi predecesor, el P. Mucio Viteleschi, aprobó el primer colegio de los Jesuitas en Venezuela. Así la ciudad de "Mérida de los caballeros" contó a partir de 1629 con el Colegio de San Francisco Javier. Un padre de aquellos tiempos escribía sobre las gentes de Mérida en uno de los informes anuales a Roma: "la gente toda es de lindos naturales y agudo entendimiento, muy queredora de la Compañía".

El Colegio se mantuvo hasta el 11 de julio de 1767, fecha en la que el Justicia Mayor de la ciudad intimó la expulsión de los jesuitas y la confiscación de todos sus bienes.

Pero para suerte de Mérida y consuelo nuestro, estos bienes tuvieron un destino feliz: sirvieron de base para la fundación del Seminario San Buenaventura en el año 1785, y más tarde, en 1810, de la Real Universidad de Don Buenaventura de Mérida de los Caballeros, precursora de la Universidad de los Andes que ahora nos cobija.

Entenderán Uds. por qué no me siento un extraño en esta Universidad.

Por ello al recibir la invitación de visitar esta Universidad la he aceptado con agrado. Para este reencuentro con Uds. me han propuesto desarrollar un tema de gran actualidad y muy propio del talante universitario: "la cultura del diálogo".

A las puertas del tercer milenio del cristianismo, este nuestro planeta Tierra se va perfilando como una aldea global. Esta pretensión de creciente universalidad es contrastada, al mismo tiempo, por el énfasis en la particularidad de las diversas tradiciones culturales que señalan la riqueza multiforme de los pueblos y de las personas de este mundo de hoy.

La necesidad de comunicación como verdadero diálogo fue una de las felices intuiciones de su Santidad Juan XXIII cuando decidió convocar el Concilio Vaticano II a comienzos de la segunda mitad del este siglo. El tema del diálogo se convirtió en una de las pautas del Concilio, sobre todo en los documentos que se refieren al replanteamiento de las relaciones de la Iglesia con el mundo. Por eso no es casualidad que en la encíclica primera y programática del Papa elegido durante los años del Concilio, Pablo VI, se haya señalado al

diálogo como la actitud fundamental con la cual la fe cristiana debe relacionarse con el mundo.

Las culturas y la Compañía de Jesús

Al hablar de cultura no nos vamos a referir solamente a cultura en el sentido de conjunto de conocimientos que puede tener una persona o una colectividad. Entendemos por cultura más bien el modo propio que tiene un pueblo de habitar en el mundo, de relacionarse con la naturaleza, con los otros, con Dios. Se trata por tanto de paradigmas construidos, vividos y transmitidos para hacer posible y expresar la vida humana. Paradigmas personales y colectivos a la vez. Por eso el tema de una cultura del diálogo tendrá que asumir todo lo que es necesario y deseable para una vida humana digna para todos.

La atención, la asimilación crítica y el relanzamiento de las culturas emergentes y también de las culturas tradicionales, ha sido a lo largo de su historia parte del carisma típico de la Compañía de Jesús. Ignacio de Loyola supo intuir el giro cultural de su tiempo, desde los valores emergentes del Renacimiento en las postrimerías de la Edad Media. El barroco como estilo jesuítico, la apertura a la Europa de la Ilustración, la sensibilidad a los valores de las culturas entonces exóticas de la India (P. De Nobili) y de China (P. Matteo Ricci), la magnífica de las Reducciones del Paraguay en esta América.

Pero no se trata hoy de quedarnos en las glorias ni en los errores del pasado. Se trata de abrirnos y de servir a la novedad de nuestro tiempo. Se trata de invitar también a muchos otros a abrirse a los dinamismos de esta novedad: la aldea global posibilitada por la denominada revolución informática; la proliferación de los medios electrónicos; los nuevos caminos de aprendizaje y conocimiento; la superación de la tradicional cultura de sólo palabras escritas, leídas y habladas, hacia una comunicación más intuitiva y afectiva en su interpretación del mundo, hacia un discurso más centrado en la imagen.

Retos del presente

Esta urgencia del diálogo como forma de cultura surge sobre todo de la contemplación del planeta Tierra en el umbral del tercer milenio del cristianismo: cinco mil millones de seres humanos: cristianos (1950 millones), musulmanes (1000 millones), hinduistas (777 millones), budistas (341), miembros de nuevos movimientos religiosos (128 millones), creyentes de religiones indígenas (99 millones), judíos (14 millones), personas sin pertenencia a confesiones religiosas (1.100 millones). Un mundo en el que junto con los fundamentalismos religiosos efervescentes, se siente también un marcado cansancio de las utopías colectivas recientes, y se inician búsquedas múltiples de caminos de experiencia interior y de salvación personal, frente al agotamiento -como inspiración- de las promesas de la modernidad científico-técnica.

¿Cómo situarse y poder responder a tantas propuestas, en apertura crítica, dialogal, conscientes del peso que tienen las necesidades de expansión consumista de las grandes y omnipresentes economías liberales, los prejuicios étnicos, de clase, de sexo, de religión? ¿Cómo responder con verdadera humanidad y sabiduría a tantas intolerancias y desencuentros como los que marcan tan profundamente la llamada aldea global?

La esencia del diálogo

La Compañía de Jesús siempre ha buscado la respuesta a estos interrogantes en la revelación cristiana: la analogía fundamental de la relación con el otro, del diálogo auténtico, la descubrimos en el Dios cristiano al relacionarse con el ser humano.

No sólo toma la iniciativa de comenzar el diálogo (1 Jn 4,10), ni sólo habla a los hombres como un amigo (Dei Verbum 2) manifestándoles su propia intimidad y sus designios de plenitud para la humanidad, sino que en la culminación de este diálogo Dios mismo se identifica con la humanidad, se hace humanidad en Cristo, sanando y haciendo propio todo lo bueno del ser humano y de la creación.

Esta es la analogía máxima del diálogo, movido por el amor, y que se detiene respetuoso ante la libertad humana. Esta libertad del ser humano puede responder al diálogo iniciado por su Dios mediante la libre y total respuesta de la fe.

Desde este horizonte se ilumina la actitud humana ante el mundo y ante la variedad inmensa de sus culturas. Desde aquí sí es posible entender la relación entre evangelio y cultura que está en el fondo de todo nuestro discurso.

El cristiano no sólo está abierto al otro, sino que debe estar dispuesto a tomar la iniciativa para instaurar el diálogo con las otras personas y culturas.

No teme la manifestación sincera y respetuosa de sí mismo, pues el diálogo sólo es posible desde la conciencia de una clara identidad y la revelación del propio misterio.

Pero quien dialoga no sólo habla sino que también escucha, está abierto al misterio del otro, hasta llegar a identificarse con él y hacer propio todo lo que de verdaderamente humano encierra. Sólo a través de la in-culturación, -meterse dentro de la manera de ser del otro-, se puede llegar a ser intercultural.

Con ello alcanzamos el fruto del diálogo: el encuentro. En esta dialéctica de autorevelación y fe se basa la posibilidad del encuentro verdadero entre personas, pueblos y culturas. El encuentro que acaece en el diálogo es un momento de plenitud humana: en él se realiza la unión de la inteligencia y el amor (Eclesiam Suam 85).

La actitud dialogal, inspirada en la fe cristiana, está dinamizada para acoger todo lo que hay de bueno en el mundo y en el ser humano. Incluso se regocija cuando puede enriquecerse con los elementos de verdad y de bien recibidos del otro (GS 44), y considera como algo típico suyo resaltar lo que hay de común entre todos los hombres y culturas (GS 42). Más aún, en fuerza de su misión, tiende a convertirse en señal de fraternidad que permite y consolida el diálogo entre naciones, razas y culturas (GS 92).

Con este paradigma del diálogo que nos brinda el Cristianismo podemos ya pasar a reflexionar sobre los sujetos, los contenidos y la meta a los que debe aspirar una verdadera cultura del diálogo.

Sujetos del diálogo

La primera tarea a enfrentar en esta "cultura del diálogo" que exige la realidad pluralista de nuestro mundo es la de la formación de los sujetos de este exigente diálogo.

Los sujetos que somos, y debemos ir configurándonos en esta cultura emergente del diálogo, estamos en una situación difícil. Las estructuras y los métodos autoritarios de las sociedades y la organización de difusión de la información, -los llamados "medios" que tanto peso tienen en la configuración de la subjetividad de los ciudadanos del planeta-, muestran una realidad muy distinta al ideal cristiano de diálogo que hemos dibujado.

Por ello se exige la acción coordinada de todos los cristianos y de todas las personas de buena voluntad hacia una verdadera libertad e igualdad de derechos para la comunicación de la información y de sus interpretaciones.

En la actualidad, los países ricos dominan al mundo con su información, sus películas, sus programas y canales televisivos, sus satélites repetidores. No es el respeto al otro sino la dominación sobre el otro lo que impera. Los controles comerciales, políticos o de manejo ideológico, y los controles al dominio tecnológico, sólo tendrán contrapeso en nuestros países con el esfuerzo y la respuesta de los ciudadanos organizados que nos se conforman con el papel de receptores pasivos, manipulados, sino que aspiran a ser miembros activos de un verdadero diálogo cultural.

Sólo así, las voces, las imágenes y los puntos de vista de los países, grupos y culturas menos poderosas y más pobres, podrán estar presentes en otros ámbitos y en la aldea global. El problema de la superación de la injusticia y el predominio atraviesa también el problema de la justicia en la comunicación caminando esforzadamente hacia un diálogo más equitativo y respetuoso entre los pueblos.

Los sujetos que somos y debemos ir configurándonos, en esta cultura necesaria del diálogo, somos en primer lugar personas que en sus vínculos más cotidianos y concretos, -de familia, amistades, vecindario, trabajo, comunidad, país-, debemos de ganar en transparencia, apertura, escucha, simpatía afectiva, capacidad de evaluar y decidir conjuntamente sobre situaciones y procesos.

De esta forma los discursos más globales del diálogo requerido tendrán raíces y futuro en la experiencia vivida, rica de humanidad, de las relaciones confiadas y abiertas. Se habrá superado el temor y el vivir a la defensiva, tantas veces fuente y explicación de la mentira y el engaño como atmósfera de las relaciones de incomunicación personales y sociales. El aporte de la fe cristiana puede ser fundamental en esta primera fase de la experiencia personal y comunitaria del auténtico diálogo.

Materia del diálogo

La materia, el contenido de este diálogo, será en primer lugar la cultura misma: los modos propios que cada pueblo tiene de expresar la vida y de habitar este mundo al relacionarse con la naturaleza, con sus semejantes, con la divinidad.

Aquí entran tanto las formas más tradicionales de cultura -con ese carácter absoluto, sagrado, que tiende a veces a encerrarse en sí mismo-, como todos los otros tipos de cultura existentes, en cuanto formas concretas y probadas que posibilitan, -con sus logros y limitaciones-, la vida.

Las formas culturales, en cierto modo absolutas pues posibilitan la vida, son al mismo tiempo relativas, históricas, fruto de la creación humana y del encuentro y cruce con otras culturas. Así se ha desarrollado la historia de los pueblos. Particularmente evidente se experimenta esta realidad en este país de mestizaje, y por eso -no sólo por el paisaje natural-, tierra de gracia como la llamara Colón hace cuatrocientos años.

El problema no es entonces el de la pureza o no-contaminación cultural, sino el del enriquecimiento mutuo entre las culturas particulares, sin imposiciones hegemónicas forzadas, y con capacidad de discernimiento y autodeterminación de todas las partes. El reto es conseguir un verdadero diálogo intercultural dentro de esa dialéctica de revelación y fe de la que antes hablábamos al referirnos al paradigma cristiano.

Pero el contenido del diálogo no puede prescindir tampoco de la discusión abierta en torno a las realidades económicas, políticas, educativas, de valores, tradiciones estéticas, estilos y creencias, que se deben encaminar todas ellas hacia una "civilización del amor".

Economía y ecología

En el diálogo por una más adecuada comunicación de los saberes y procedimientos tecnológicos, y una más justa distribución de los bienes producidos, dentro de la complejidad de las economías globalizadas, situados desde la opción preferencial por los pobres, y desde el derecho universal al trabajo digno, debemos incluir también la opción por la Tierra, que es responsabilidad sobre la calidad de vida del presente y posibilidad de supervivencia para las generaciones futuras.

No sólo la pobreza injusta y la ignorancia, también el agotamiento y la degradación del medio ambiente afectan especialmente a los pueblos más pobres cuya supervivencia depende directa e inmediatamente de su relación con el medio ambiente y de no verse obligados a la devastación de la naturaleza por las exigencias de los centros de poder de la economía mundial. Un diálogo en esta perspectiva podría ayudar a discernir el consumo hacia nuevos estilos de vida más participativos, solidarios y duraderos.

Política

También la política, -el ámbito de las tensiones y conflictos entre lo particular y lo común, las formas de organización desde la familia y las comunidades de base, pasando por los sindicatos, gremios y organizaciones intermedias, los partidos, el estado y las formas de gobierno, el derecho y las organizaciones internacionales-, deben ser temas asumidos por el diálogo, avanzando hacia formas culturales más democráticas, solidarias y participativas.

El poder en el futuro debería ser capacidad de servicio eficaz y no forma de sujeción y coerción de otras personas, grupos y continentes. Este es uno de los ámbitos donde con más facilidad se bloquean las posibilidades de diálogo fecundo hacia un futuro mejor.

Culturas, valores y creencias

Más difícil por sutil, y porque compromete vitalmente, es la necesidad del diálogo y la fluidez de comunicación en los ámbitos múltiples y plurales que tienen que ver con la subjetividad humana, en cuanto construcciones e interiorizaciones socialmente compartidas: las diversas valoraciones éticas, las cosmovisiones, las formas artísticas de los diversos pueblos y sectores de la vida social.

Es también imperiosa la necesidad de diálogo entre las diversas confesiones religiosas tradicionales y con las formas seculares y religiosas más recientes, en un mundo no sólo creciente en su pluralidad, sino fragmentador de las personas mismas por la agresividad de ofertas diversas y hasta contradictorias.

El Concilio Vaticano II ha exhortado a todos los católicos al diálogo para que "reconozcan, guarden y promuevan los bienes espirituales existentes en otras religiones, así como sus valores socioculturales", en orden a "colaborar con ellos en la búsqueda de un mundo de paz, libertad, justicia social y valores morales".

El Santo Padre Juan Pablo II ha pedido reiteradamente a la Compañía de Jesús hacer del diálogo interreligioso una prioridad apostólica para el tercer milenio así como asumir el encargo del diálogo con los no creyentes.

En el contexto del papel de división, explotación y conflicto que las religiones y visiones del mundo han desempeñado en la historia, los jesuitas, reunidos en Roma en 1995 en su asamblea máxima, invitaban al diálogo interreligioso como herramienta eficaz para desplegar el gran potencial unificador y liberador de toda religión y de muchos humanismos laicos, para la construcción del bienestar humano, la justicia y la paz mundial.

Como miembros de una misma humanidad, los elementos comunes de nuestras herencias religiosas y de nuestras preocupaciones humanas, nos fuerzan a estrechar nuestros vínculos basándolos en valores éticos universalmente aceptados. El diálogo, sobre todo en este ámbito, es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias, y jamás debería tomarse como estrategia para manipular o aprovecharse de las personas.

Finalidad del diálogo

La finalidad del diálogo se puede sintetizar en una expresión muchas veces repetida por los dos últimos Romanos Pontífices: dialogar en orden a "construir la civilización del amor". El tener clara esta finalidad, ideal y siempre perfeccionable, no quiere decir prescindir de la competencia, legítima autonomía y libertad responsable de las diversas ciencias y tecnologías, antes al contrario significa una mayor obligación de capacitarse en ellas y ponerlas al servicio de esta finalidad.

Tanto la investigación, como la docencia -y esto conviene subrayarlo en este recinto universitario-, como el diálogo interdisciplinar deben referirse al futuro más digno de vida de las mujeres y hombres, niños y ancianos del planeta, más que al fortalecimiento de formas de riqueza y de poder que están en la base de los desajustes de nuestro mundo. Críticas y propuestas alternativas requieren del saber sólido que se compromete con un futuro más justo para todos.

Diálogo posible para todos

A lo largo de estas consideraciones podrá alguno sentirse excluido del diálogo porque quizá le hayamos puesto exigencias excesivas. Y sin embargo a esta cultura del diálogo estamos todos invitados porque para todos hay sitio en este diálogo múltiple que nos exige tanto la realidad de nuestro tiempo como nuestra herencia cristiana.

En primer lugar está el "diálogo de la vida", que todos podemos ejercitar, y en el que todas las personas pueden esforzarse para vivir un espíritu de apertura y de buena vecindad, compartiendo sus alegrías y penas, sus problemas y preocupaciones humanas siempre abiertas al otro.

Después viene el "diálogo de la acción" en el que tanto los cristianos como todas las personas de buena voluntad juntos colaboran con vistas al desarrollo integral y a la libertad de todos los seres humanos desde pequeños proyectos comunitarios de mutua ayuda hasta ambiciosas colaboraciones internacionales, como ha podido ser la campaña contra las minas-personales que ha merecido el último premio Nóbel de la paz.

El siguiente paso lo constituye el "diálogo de la experiencia" religiosa y humana entre las personas, enraizadas en sus propias convicciones religiosas y éticas, por el que comparten sus riquezas espirituales en la búsqueda de un Absoluto siempre mayor.

Por fin el diálogo académico, científico, interdisciplinar, tanto en el campo de las ciencias humanas como en el de las ciencias religiosas. Sin este diálogo no puede darse avance en el conocimiento. Es verdad que este diálogo no está al alcance de todos. Es el diálogo típico del universitario. Y su campo de acción es inmenso pues versa no sólo sobre temas propios de las culturas avanzadas sino también sobre el conocimiento creciente de las culturas primitivas que no raras veces encierran tesoros de arte y humanidad.

Conclusión

Nuestra experiencia en el servicio de la fe y la promoción de la justicia en estos últimos decenios ha llevado a muchos jesuitas en diversas partes del mundo a estrechar contactos con personas de muy diversas culturas, creencias y cosmovisiones. Esto nos ha ayudado a crecer en el respeto del pluralismo como respuesta humana a la obra salvífica de Dios en los diversos pueblos y culturas.

Queremos vivir en la apuesta de que el Dios de Jesús, que quiere que toda la humanidad se salve, guía a los creyentes y a las personas de buena voluntad de todos los pueblos a la armonía del Reino de Dios por caminos sólo por El conocidos. El Espíritu de Dios se

mantiene en continuo diálogo con la humanidad. "El diálogo a su más profundo nivel es siempre un diálogo de salvación, porque busca descubrir, aclarar, y comprender mejor los signos del perenne diálogo que mantiene Dios con la humanidad".

Un diálogo abierto y sincero es nuestra cooperación a ese diálogo, más allá de toda palabra, entablado por Dios con la humanidad.

Sirvan estas palabras más hoy con Ustedes para ayudarnos a todos a comprometernos y crecer en esta cultura del diálogo para que haya más vida fraterna y plural en la humanidad y el planeta que deseamos.